

HOLTON, R. J. & TURNER, B. S., *Max Weber on economy and society*. Routledge, London, 1989, pp. 211.

Puede resultar sorprendente a muchos que a pesar del triunfo de las demoleadoras críticas ejercidas por la economía política a la economía clásica, el pensamiento marxista a la teoría política de las democracias liberales o por la teoría frankfurtiana al carácter obsoleto de las nociones ilustradas del racionalismo liberal, asistamos hoy al renacimiento del liberalismo en el pensamiento social occidental. Sea ello del todo cierto o no lo sea, y aunque las razones-indicios de ese declive del discurso marxista sean realmente confusas y poco convincentes (p. 1) —además de susceptibles de múltiples lecturas—, eso es lo anunciado por Holton y Turner en las primeras páginas de este libro. Naturalmente no se puede estar hablando aquí de un resurgimiento del liberalismo económico y político a la antigua usanza, sino meramente de la defensa de los valores de libertad, autonomía y espontaneidad del individuo; es decir, de una forma posmarxista de liberalismo democrático con un sesgo distinto del de las viejas escuelas liberales.

En esta renovación del liberalismo, la vuelta a Weber la piensan nuestros autores como imprescindible. Y pretenden mostrar la relevancia del pensamiento weberiano en los principales temas de la teoría social contemporánea (p. 11). Pero es más, parafraseando a Lyotard enseñarán de qué modo la sociología de Weber, bajo el influjo de Nietzsche y del neokantismo, apunta y anticipa «la condición posmoderna». En un mundo desmitificado, de pluralidad de valores en conflicto irreparable donde la razón tiene poco que decir, en el que no es posible una justificación racional de ningún fin de la acción humana, el decisionismo personal que otorgue «valor» a esos fines parece ser la única alternativa que nos queda si afrontamos heroicamente el destino de nuestro tiempo. Y él lo afronta, como era de suponer; y elige su propio Dios; y apuesta por él: por el *individualismo democrático*.

Pues bien, seleccionando los textos que catalogan el trabajo de Weber como defensor de una teoría democrática liberal, se enfrenta el primer capítulo a la problemática *relación entre sociología y liberalismo*, relación sólo descifrable a partir de una clarificación del concepto de «individualismo». Holton y Turner se oponen a la línea desarrollada en los años 60 bajo el marxismo estructuralista francés (Althusser, Poulantzas), que interpreta la sociología clásica como una *ciencia social burguesa*. Esta interpretación se asienta sobre tres conocidos argumentos: a) la crítica a la concepción «robinsoniana» del individuo como algo «artificial», «asocial», «ahistórico», que excluye las relaciones sociales en su formación; b) la idea de que el liberalismo es una expresión ideológica de la clase propietaria, la cual mediante la doctrina de los derechos políticos individuales legitima su situación de clase; c) la convicción de que el liberalismo actúa como legitimador de la desigualdad y bloquea el desarrollo de valores colectivistas como la igualdad y la solidaridad. Nuestros autores consideran que si bien estos argumentos son absolutamente consistentes contra la tradición liberal clásica, no son objeciones mortales al liberalismo tal y como se ha desarrollado en los últimos doscientos años (p. 19). Así vienen a decir —que no a mostrar— que dentro de la sociología clásica, inmunes a estas duras críticas permanecerían figuras sostenedoras ciertamente de un «individualismo moral», derivado a través de

Kant del cristianismo y tradiciones humanistas, pero claramente alejadas del utilitarismo e individualismo económico (p. 14). Están pensando en Durkheim, J. S. Mill o Parsons; pero sobre todo en Weber, quien se convierte en su centro de referencia para esbozar una apología del liberalismo.

Sin duda que la «retórica del liberalismo» e «individualismo» es la más de las veces usada como defensa ideológica de movimientos políticos reaccionarios. Holton y Turner lo saben bien y no quieren que sobre ellos recaiga la sospecha de alimentar una posición neo-conservadora (otra cosa es que lo consigan...) Por el contrario, y aquí Weber les da la pauta, consideran que el individualismo democrático encierra la crítica tanto de las relaciones del centralismo burocrático como del autoritarismo y de las desigualdades del mundo capitalista (p. 25). Si como decimos, la reflexión weberiana acerca de la racionalidad burocrática vertebradora de estos dos sistemas es especialmente apta para llevar a cabo esa doble crítica, los autores, no obstante, no aceptan la prognosis weberiana: su visión pesimista sobre las posibilidades de realización de los ideales por los que tomó partido.

Pero es que Weber es un «liberal desesperado». En esa lucha entre dioses y demonios apuesta por la autonomía y la libertad, aun a sabiendas de que los hilos de la burocratización tejen una férrea jaula que aprisiona y ahoga al individuo, convirtiéndolo en mero engranaje de la gran máquina<sup>1</sup>; aun sin dudar de que no hay salida ni tan siquiera fisuras, y que ese proceso de racionalización-intelectualización y desencantamiento destruye «definitivamente la rosada mentalidad de la riente sucesora del puritanismo, la «ilustración»<sup>2</sup>. En este sentido, al quedar al descubierto la siempre presente aporía weberiana en esta lucha apasionada y desesperada por lo que ya no puede ser, por unos valores agostados en los tiempos que corren, se nos antojan escandalosamente unilaterales las voces de aquellos que lo interpretan como un ideólogo neo-liberal del capitalismo (Lukács o Marcuse, entre ellos). Porque en nombre de los «frutos» no dados del individualismo democrático, Weber arremete contra el inminente rostro de una nueva servidumbre, la cual con una seña única —«la racionalidad burocrática»— se expresa de igual modo en dos sistemas, desde esta perspectiva, idénticos: capitalismo y socialismo.

La presencia de este talante liberal en Weber les permite a nuestros autores vincularlo a dos frentes: de un lado, a la epistemología neokantiana; de otro, a la escuela austríaca de economía. Así como hay innumerables títulos que descifran

---

<sup>1</sup> Esa apuesta por un proyecto vital coherente, guiado por un valor cumbre, es la clave de la teoría de la personalidad weberiana. De ella diremos que las ideas sobre la «virtud individual» derivan parcialmente de Kant y Goethe. Holton y Turner apuntan también la influencia de J. S. Mill y de la teología de A. Ritschl (p. 21). A propósito de las relaciones Goethe-Weber en lo que respecta no sólo a la teoría de la personalidad, sino a nociones nodales como «afinidad electiva», la idea de «las consecuencias imprevistas de la acción o paradoja de las consecuencias» o la misma clasificación de los tipos de dominación legítima, véase un enriquecedor y reciente trabajo de J. M. González García, *la máquina burocrática* (Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka), especialmente pp. 19-32). Del mismo autor es interesante vez la relación Kant-Weber, en J. Muguera y R. Rodríguez Aramayo, *Kant después de Kant*. Tecnos, Madrid, 1989.

<sup>2</sup> Weber, M., *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Península, Barcelona, 1969, p. 259.

el pensamiento weberiano en clave neokantiana<sup>3</sup>, ha quedado en olvido su relación con el pensamiento económico. La reemergencia de una nueva *Methodens-treit* en la teoría social contemporánea, con problemas epistemológicos familiares a Weber y a sus contemporáneos alemanes y austriacos, concitan una reevaluación de la sociología económica weberiana (p. 32). Holton y Turner afrontan la tarea (cap. II): examinar las relaciones entre la sociología de Weber y el desarrollo de la teoría económica en general, y de la neoclásica en particular.

Junto a evidentes discrepancias, existen áreas de convergencia que se hacen eco de esa perspectiva liberal rectora en ambas corrientes. El rechazo de la epistemología positivista practicada por la escuela histórica de economía dirigida por Schmoller, la adherencia a un «individualismo metodológico» como alternativa al modelo social organicista —que por su carácter idealista convierte al individuo en mera «fuerza allende su volición y el «sentido» que otorga a sus acciones, y desde el que es posible concebir una historia sin sujeto (como Althusser o Foucault)— o, en fin, no lejos de esto, la concepción de la vida económica como explicable bajo los parámetros de una teoría de la acción, todos ellos son rasgos compartidos por la economía neoclásica austriaca y el pensamiento weberiano (p. 45). Pero no nos dejemos engañar, porque mientras la economía austriaca encara una nostálgica defensa del liberalismo *tout court*, Weber es consciente de sus debilidades desde un punto de vista económico y político. Así si de nostalgia puede hablarse en el caso de Weber hay que hacerlo no respecto de las viejas ideas del *laissez-faire* del capitalismo y la libre producción, sino del ocaso del actor soberano de la moralidad, de la desfundamentación racional de los fines-valores que dirigen la vida económica.

El pesimismo desesperado ante el futuro del individualismo democrático enraza firmemente en su concepción del *proceso de racionalización occidental*. Compartimos la idea de los autores, avalada por expertos tan renombrables como Schluchter o Brubaker, de que el interés fundamental que dirige, vertebra y confiere unidad a la totalidad del cuerpo teórico weberiano es el problema de la racionalidad. Descubrir el tipo de racionalización de los distintos ámbitos de la vida específico y peculiar de la cultura occidental es el tema subyacente de su obra en conjunto. Tanto sus investigaciones empíricas y metodológicas como su reflexión política y moral adquieren un mayor sentido si son examinadas desde el prisma de esa idea nuclear. Pero existen algunos temas especialmente vinculados a él, a saber, *el tema de la modernidad* (entendida como resultado cultural de ese proyecto racionalizador) y *el del capitalismo* (en tanto que fuerza impulsora de ese proceso y sistema típicamente moderno tal y como se ha desarrollado en Occidente).

Centrándose el cap. III en el primero de ellos, es de su competencia desentrañar la relación entre tres conceptos coimplicantes: *modernidad-racionalidad-irracionalidad*. Sin rebajar un ápice la originalidad del pensamiento weberiano, sus autores se proponen en estas páginas encuadrar a Weber en el contexto general del pensamiento social y filosófico del XIX. La reflexión acerca de los orígenes de la cultura moderna y de las probables consecuencias de un ininterrumpido proceso de modernización es un interés teórico epocal. Frente a la armónica,

---

<sup>3</sup> Cfr. la reciente obra de Oakos, G., *Weber and Rickert: concept formation in the cultural sciences*. M.I.T., 1988.

integrada y estable imagen de la cultura helena, raíz última precisamente de la Modernidad, la lógica de la modernización abre el camino a la fragmentación, estandarización y desencantamiento, en la que el individuo es incapaz de lograr una armónica relación con el mundo (p. 72). No olvidando el influjo de los más cercanos a Weber, como Tönnies o Simmel, críticos fehacientes de la modernización de Alemania, hay que acudir a Goethe, a Marx e incluso a Schopenhauer para repensar su concepción de la Modernidad. Pero sobre todo a Nietzsche. Mientras una generación de escritores confinó el legado de Nietzsche a las nociones de «carisma», hoy es generalizado asumir la obra de Weber como resultado de un debate con Nietzsche y Marx. Es bien sabido que el análisis del perspectivismo nietzscheano, las relaciones entre conocimiento y poder, y entre verdad y valor configuraron básicamente la epistemología, filosofía de la historia y de la ciencia weberiana (p. 73). Y añadiríamos... y su teoría de la personalidad. El autor del *Zarathustra* supo ver que la racionalidad hunde sus raíces en lo irracional, lo cual significa que lo irracional no sólo está en el punto de origen, sino que se «manifiesta» constantemente en el despliegue de lo racional: es su fiel reverso. Weber desarrollará mejor que nadie esta idea. Así, si Nietzsche entrevió la matriz originaria de la cultura moderna en el fondo dionisiaco, Weber cifrará el origen de la modernidad en la irracional búsqueda de salvación-justificación calvinista (p. 73). Asimismo, la lógica del desarrollo de la racionalidad para ambos acarrea «misticismo» y «locura» de todas clases (Nietzsche): el «carisma» es la solución imposible hoy, «en un mundo sin profetas», al viaje sin retorno que el proceso de racionalización ha emprendido (Weber).

Quizá no esté de más señalar a propósito de esa «fuente» irracional (religiosa) de la modernidad, que la sociología de la religión weberiana (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y los grandes estudios sobre las religiones mundiales) constituyen no sólo una importante contribución a la sociología de la moral y del conocimiento, sino que además ocupa un lugar central en la explicación de esa peculiar y específica racionalización de la vida de Occidente. Ciertamente así lo han entendido Holton y Turner, y por ello se abren paso por los sistemas religiosos orientales y occidentales para extraer los elementos que los convierten en relevantes o irrelevantes (no tanto desde un punto de vista lógico cuanto psicológico) para el desarrollo de ese proceso de modernización (pp. 74-90). Sin embargo, a la hora de analizar los determinantes religiosos de la Modernidad, no aciertan a explicar convenientemente la relación «dogma calvinista-ética ascética-*ethos* capitalista». No dan verdadera cuenta del papel privilegiado que Weber confiere a la ética protestante frente a otras religiosas monoteístas en la comprensión de la Modernidad, ni de por qué es posible hablar de «afinidad electiva» (*Wahlverwandtschaft*) entre el *ethos* calvinista y la ética profesional racional, ni, en suma, del porqué de la singularidad de la «racionalización de la vida» en nuestra cultura<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Para evitar la interpretación «causalista» de la tesis de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, en la que caen fácilmente Holton y Turner, uno debe remitirse a la noción (ambigua, dicho sea de paso) de «afinidad electiva» entre el contenido del *ethos* calvinista (ideas) y los rasgos institucionales del capitalismo (sociedad). Por eso creemos que en este punto el análisis de Poggi en *Calvinism and the Capitalist Spirit*. Max Weber's Protestant Ethic. The Macmillan Press, London, 1983, o el de Hennis en *Max Weber. Essays in reconstruction*. Trs. Keith Tribe. Allen & Unwin, London, 1988, es sin duda mucho más inteligente y acertado.

No obstante, es interesante la interpretación que realizan de Weber como precursor del discurso posmoderno, recurriendo a la herencia nietzscheana. La quiebra de una razón objetiva, que desemboca en una pluralidad de razones enfrentadas sin un tribunal garante que medie sobre ellas, pone fin a las «grandes narraciones». Este mundo de múltiples sentidos que sólo deja lugar a un mundo posmoderno de «simulación simbólica», en términos de Baudrillard (p. 101), queda anticipado en la visión pesimista del callejón sin salida en el que el proceso de racionalización-modernización desemboca. En contra, Holton y Turner, ante el presente surgimiento de corrientes fundamentalistas, que limitan el proceso de secularización y pluralismo, prevén la futura integración simultánea de fuerzas racionalizadoras y sacralizadoras (p. 102). Una resacralización (reencantamiento) de la realidad que para Weber exige siempre «el sacrificio del intelecto» y una actitud poco heroica para afrontar el panorama de nuestro destino «de espaldas a Dios» (Cfr. *la ciencia como vocación*).

Como hemos señalado ya, esa racionalización-desencantamiento abarca todos los productos de nuestra vida cultural, desde el arte, la ciencia, los sistemas de creencias, hasta las instituciones (Estado, burocracia, Iglesia), o el derecho. De este último se ocupa el cap. IV. Viene a contraponer el análisis weberiano de la racionalización-formalización del derecho (orden legítimo moderno) a la teoría legal marxista, representada en Poulantzas y Pashukanis, y apoyada en la ya denostada teoría de clases. Y emprende tal contraposición guiándose sus autores de la idea de que la sociología del derecho de Weber es más apropiada para dar cuenta de la estructura legal del capitalismo. Para una buena comprensión de la visión weberiana del desarrollo moderno de normas de carácter legal y abstracto, encarnadas principalmente en el Estado, Holton y Turner nos remiten a Simmel y su tratamiento de la abstracción creciente del sistema monetario como símbolo y efecto de la formalización y abstracción de las relaciones sociales en nuestro mundo. La sociología del derecho de Weber sería, según esto, una adaptación de la sociología del dinero de Simmel al ámbito jurídico. Interesante afirmación, pues hay que reconocer que la concepción de la «tragedia de la cultura» en Simmel clarifica en gran medida la interpretación weberiana de la Modernidad.

De otro lado, Holton y Turner se colocan esta vez en clara oposición a la negación de una teleología de la historia por parte de Weber y las teorías sociales portadoras también del sello nietzscheano (Foucault, Lyotard...). Se dice que no hay lógica que recorra el mundo social; sólo contingencia, y que no está legitimada la construcción de teorías generales con argumentos causales y conceptos unitarios. Los autores de este libro consideran, sin embargo, que tanto los argumentos relativos a la racionalización del procedimiento de las formas de control foucaultiana, como la racionalización de la vida en general, asumen una cierta teleología, muy a pesar suyo. Con todo, expresan la necesidad de una teoría general del derecho que sea ecléctica; esto es, levantada sobre una variedad de tradiciones que abarcarían no sólo a Weber, sino a Durkheim, Parsons y el neofuncionalismo.

Por último, del resto del libro resaltamos la defensa, frente a la tradicional teoría de clase social marxista, de la concepción pluralista de las clases y de la noción de «grupo de status» (*Stände*), como modelos conceptuales más adecuados para el análisis del capitalismo moderno y desarrollado. Que el estudio de «clases», «status» y «partido», entendidos como fenómenos de distribución de poder, se constituyó en alternativa weberiana al análisis marxista de la estratifi-

cación social y del cambio histórico, es bien cierto. Es lícito decir que la generalización marxista de la lucha de clases, en cuanto factor dinámico principal del proceso histórico-social, es radicalmente enmendado por Weber fundamentalmente porque a) no supo apreciar el importante papel del *status*, y b) porque exagera la primordialidad de lo económico en detrimento de lo político, relegado a un plano secundario y derivado, cuando Weber insiste constantemente en que no debe asimilarse el poder a la dominación económica<sup>5</sup>. Además Weber, aunque reconoce que el capitalismo moderno es una «sociedad clasista», considera que su elemento fundamental no es su carácter clasista, sino el carácter racionalizado de la empresa, fenómeno que permanece también en cualquier forma de socialismo, con lo que éste deja de ser su alternativa posible para pasar a ser su culminación. Por tanto, el desarrollo de las relaciones de clase, en vez de constituir el rasgo central explicativo del paso del orden tradicional al moderno, debe entenderse desde la perspectiva weberiana como sintomático de ese macroproceso de racionalización de la vida «a prueba de escapes».

Yolanda Ruano de la Fuente

REYES, R. (Dir.): *Terminología científico-social. Aproximación crítica*. Anthropos, Barcelona, 1988, 1.051 páginas.

Nos encontramos ante una obra verdaderamente notable. Basta considerar el género literario al que pertenece para caer en la cuenta de ello. No es un diccionario. La palabra diccionario se esquivaba escrupulosamente a lo largo de toda la obra. Es una «terminología». Y la diferencia no es banal en absoluto: el término diccionario implica siempre un compromiso de sistematicidad, y allí donde hay un sistema tiene que haber una doctrina. Ahora bien, nuestra obra, al menos en su conjunto, aspira a ser una pura aproximación crítica a su objeto, y acaso habría que decir, interpretando mejor el espíritu de nuestra época, una aproximación puramente crítica a su objeto, luego, en rigor, no puede ser un diccionario. Más aun, desde el momento en que debe renunciar, y renuncia explícitamente, no ya a la exhaustividad, sino incluso a la preeminencia teórica de las nociones abordadas, remitiéndose, a lo sumo, a una preeminencia puramente fáctica; el «léxico» tradicional tampoco ofrece la inocencia pretendida. Tiene que ser otra cosa. Y es una «terminología».

A decir verdad no hubiera podido ser de otra manera ni aun siendo distinto su planteamiento. Primero porque el movido mundo de las ciencias sociales presenta todavía pocas parcelas lo suficientemente consolidadas como para animar a una empresa semejante. Y después porque el procedimiento utilizado para su elaboración —y es precisamente este procedimiento el que imprime a nuestro

<sup>5</sup> Cfr. Giddens, A., *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Trad. J. Bollo Muro. Alianza, Madrid, 1979, pp. 44-57.